

E. MIRET MAGDA LENA

Hasta hace pocos años rezábamos: "¡Del rayo y la tormenta, libranos Señor!". Y si no venía la lluvia, organizábamos procesiones y rogativas públicas contra la sequía pertinaz.

Así estaba construido el mundo cultural en el que fuimos educados desde niños, así se formó nuestra generación de la guerra y de la anteguerra. Hoy, en cambio, las mentalidades han cambiado, y son muy pocos los que todavía siguen esperando resolver los problemas físicos que les atañen con presiones espirituales.

El mundo medieval ha caído definitivamente de los cerebros educados en nuestra cultura científica, y se ha venido abajo con toda razón, porque se ha visto palpablemente que es más eficaz la técnica que estos métodos mágicos o semimágicos de resolver las cuestiones humanas, por bien intencionados que éstos sean.

La sociedad civilizada no es ya, en buena parte, el "valle de lágrimas" que rezábamos en la Salve —inventada por San Pedro de Mezonzo en Galicia— y que fue en otras épocas el modo de vivir cotidiano. Cualquier persona modesta tiene hoy un confort que no conocieron los más privilegiados antepasados de aquellos siglos de duro cristianismo medieval, del cual pedíamos salir con suspiros religiosos en vez de hacerlo con actividades sociales transformadoras.

El "providencialismo" que se predicaba en el matrimonio no tenía graves consecuencias demográficas, y nadie pensaba prácticamente en el control de la natalidad. Sólo el cambio que han dado en este siglo la higiene, la asepsia, la medicina y la cirugía suponen un viraje de 180 grados en las consecuencias familiares y mundiales. La verdadera e inteligente providencia no puede propugnar ya un "lapinismo" inconsiderado que antes no tenía consecuencias graves, sino una previsión razonada y responsable de la natalidad que uno en su matrimonio ha de forjar, porque la explosión demográfica que traen esos desarrollos higiénicos y médicos, es algo nuevo y que no tiene un correctivo espontáneo como lo tenía antes.

El "ateo" es un fenómeno, como conjunto, no sólo nuevo en la historia social de los hombres, sino algo consecuente muchas veces con este cambio cultural que ha dado el mundo de hoy. Una fe religiosa que se basaba en una civilización donde lo profano era menor de edad, y lo religioso, paternalmente lo dirigía y controlaba todo, ha terminado. Hoy, si la fe tiene algo que hacer, debe ser desligándola de estas ataduras que mantenía con un mundo que ha desaparecido ya ampliamente, y al que poco le queda por hacer en el futuro.

Y ni siquiera la fe puede apelar a otro tipo de atadura más sutil: la psicológica. Lo que ayer conseguían —mal que bien— los confesonarios, hoy lo alcanzan mejor los gabinetes de consulta psicológica, o las se-

siones de psicoterapia de grupo o de psicoanálisis.

Todavía suenan en mis oídos las palabras que nuestra apologética esgrimia acerca de la infelicidad del no-creyente y de la angustia interior del ateo. Pero he conocido muchos que no creen, ni aceptan a ningún Dios, que viven igualmente felices que los más fervorosos y decididos creyentes, y no sienten esa nostalgia que tanto predicaron todos los teólogos y pensadores religiosos desde San Agustín hasta ahora. Lo mismo que ha descubierto la ciencia psicológica desde hace unos años y han corroborado minuciosas estadísticas traídas a colación por el profesor católico de la Universidad de Lovaina, Louis Debarge.

Incluso se abre fundado camino la idea —también estudiada por Debarge— de que el hombre no es natural ni espontáneamente religioso, sino que es un mito —en nuestra civilización— la pretendida "naturaleza religiosa del hombre". Los psicólogos de la religión Woodruff en el año 1945, y V. French en 1947, demostraron que en muchos jóvenes y hombres normales "la reli-

RELIGION NUEVA

gión sólo es marginal", porque en ellos "sólo superficialmente está integrada a la personalidad". Y eso es lo que les pasa a muchos creyentes de nombre —la inmensa mayoría de los españoles— que viven como si no creyeran, porque el cristianismo ciertamente no ha calado en la conciencia de estas personas. No se ha producido esta "internalización" ("insight") de los "valores" religiosos que heredamos, y que seguimos manteniendo en demasiadas ocasiones sólo de palabra o de rutina.

No es la primera vez que escucho juicios asombrados de personas que visitan España —el país católico por excelencia— viniendo de lugares tras el telón de acero, y que no comprenden la ausencia práctica de motivaciones cristianas para las propias vidas de estos creyentes, cosa que observan en la mayoría de los españoles con los que entran en contacto.

Por eso, no es extraño que el llamado comportamiento religioso de la gente que se dice creyente esté sometido a severa crítica por psicólogos y psicoanalistas, quienes bajo su aguda mirada descubren "hechos sin significado auténticamente religioso, explicables por presiones sociales, por modelos culturales o mecanismos inconscientes, sean normales o morbosos" (L. Debarge —Psicología y Pastoral—, ed. Herder).

Aquí, entre nosotros, la presión social ha sido siempre grande, y muy especialmente tras nuestra guerra. Ir a Misa era, muchas veces, el marchamo de seguridad política, aunque se hiciera sin malicia y hasta inconscientemente por causa de determinado clima social, como me contaba un amigo periodista, altamente situado, que le ocurrió en 1940, en una parroquia rural gallega, donde el párroco picaba a la entrada de la iglesia las tarjetas de sus feligreses, para poder dar de ellos informes favorables cuando se los pedía la autoridad civil.

Las apelaciones de los libros de Moral que usaban los confesores eran también explícitos. El Manual del P. Noldin, S. J. —uno de los más famosos en los seminarios católicos—, sólo exigía, para este acto religioso fundamental que es la Misa, la "atención externa". No pedía ningún tipo positivo de participación interna. La intimidad —que es aquello de lo que debe estar hecha la entraña mismo de lo religioso— no contaba para nada. Lo que se exigía, para no cometer pecado mortal e irse después al infierno, era un formalismo externo en el cual apenas contaba la persona humana.

Así, con este olvido de las características íntimas del cristianismo, se quería hacer cristianos en forma masiva y desde niños. Y el resultado ha sido el que vemos ante nuestros ojos: una caída vertiginosa de esta religiosidad tradicional, tan alabada hasta ahora, y detrás de la cual no había nada más que unas pocas gotas de cristianismo. Gotas diluidas en esos comportamientos que apenas dicen relación con lo que le hace al hombre ser verdaderamente hombre, y no un autómatas humano movido por temores oscuros, frases hechas sin verdadero contenido y costumbres de raíz compulsivo-neurótica.

Se inaugura así una difícil época para los que queremos ser creyentes en nuestro tiempo: la del redescubrimiento de lo religioso como un valor en sí mismo, desprendido de su ganga ancestral e interesada, y viviendo puro e incontaminado, cosa ni fácil ni sencilla.

El problema está en la vivencia interior. Unos —los más— no la tienen ni la han experimentado con profundidad existencial nunca; otros, en cambio, la viven de una manera o de otra. Aquellos, aunque hasta ahora se les ha llamado religiosos, desde ahora —y a pesar de sus prácticas externas— ya no pueden ser considerados como verdaderos creyentes. Los otros, sin embargo, tendrán que ser considerados así, aunque cumplan defectuosamente esos miles de preceptos y normas —morales, canónicas y litúrgicas— que todavía tiene la Iglesia, y que cada vez sienten que muchos de ellos les alejan más de esa religiosidad pura y sin mancha, que predicaba el Apóstol Santiago como centrada en el amor, la convivencia y la justicia humana con todos.